

EL PROFESIONAL

la sacrifiant tout a son devour, en est sur d'arriver au bonheur.

Florian*

El doctor *Ildfonso Pérez Viguera* es un profesional competente, honesto, sencillo y laborioso; tiene como meta el cumplimiento del deber, del que nadie ni nada puede apartarlo y, a semejanza de *Milton*, acostumbra a marchar por la vida, amparado por un poderoso campeón: su conciencia.

Aunque gusta de su profesión, no suele ejercerla con fines lucrativos; su clientela es muy escasa, casi nunca cobra la consulta solicitada y, en algunas ocasiones, hasta regala la medicina que receta, así es de generoso y desinteresado; todo su tiempo lo dedica a la Escuela de Veterinaria, al estudio y a la investigación.

El 18 de octubre de 1930, contrae matrimonio con una joven colombiana, la señorita *Ana Belén Amaya y Martínez*, en el Juzgado Municipal de Arroyo Naranjo, Habana, con la que establece una mutua y total identificación. *Ana Belén* era natural de Pachabita, Colombia; se conocieron durante la estancia de él en la República hermana, simpatizaron y pronto floreció el amor entre ambos; tenía su misma edad y por su amor y comprensión fue la compañera inseparable de su vida.

El matrimonio se realiza dentro de la más estricta intimidad; fijaron su residencia en la barriada de Santos Suárez, en la calle Figueroa número 23.

La fecha de su matrimonio tiene lugar un día de recordación para él: otro 18 de octubre; diecisiete años atrás, recibe con infinita satisfacción el título de doctor en medicina veterinaria. ¿Fue

* **Sacrificándolo todo al cumplimiento del deber, podemos estar seguros de llegar a la felicidad.**

Florian

por pura coincidencia seleccionada esta fecha o debido a la especial significación que tiene en su recuerdo? Quién lo sabe, pero pudiera ser algo más que una feliz casualidad, después de todo, ¿qué hombre no ha tenido una nota romántica en su vida?

El matrimonio silencioso de *Pérez Viguera*s es, sin lugar a dudas, uno de los mayores exponentes de su natural reserva para todo lo que se relaciona con su persona. No invita a nadie, nadie se entera de su boda, ni siquiera sus compañeros de Claustro ni sus amigos más íntimos, así era él de hermético e insondable.

No tuvo descendencia y sus únicos familiares lo constituían la esposa comprensiva y buena, sus hermanos, *Emma* y *Pablo*, su cuñada *Rosa*, hermana de su mujer, y su sobrino, *Mario Stella* y *Amaya*, a quien quería como un hijo.

Gustaba disfrutar de la tranquilidad hogareña, considerando su casa como un templo, al que muy contadas personas tenían acceso. No era amigo de fiestas ni alternaba socialmente, y constituía un raro privilegio la distinción de ser invitado a su mesa frugal. Era morigerado en el comer, habitualmente abstemio y no gustaba del tabaco.

Poco esmerado en el vestir, usaba traje en muy pocas ocasiones; habitualmente se le veía con una camisa de cuello bajo y mangas cortas o cuando más con una de mangas largas, parecida a la típica guayabera criolla y que se conocía con el nombre de "chacabana", y daba más la impresión de ser un empleado de escasos recursos económicos que un profesor universitario, por su extrema sencillez.

Para sus trabajos de investigación dispone de un modesto estudio en la casa, y allí pasa horas y horas, unas veces entregado al estudio, otras, frente al microscopio, olvidado de todo lo que no fuera la investigación. Sus horas de recreación las emplea en recorrer los campos, visitando cuevas y cavernas en busca de sus parásitos, los que estudia y clasifica cuidadosamente, llegando a poseer una de las mejores colecciones de los ixódidos y culícidos de Cuba.

Muestra gran interés en participar en las agrupaciones profesionales, por lo que al poco tiempo de graduado es presentado en la Asociación Nacional de Medicina Veterinaria por dos de los asociados de más reconocida calidad científica, los doctores *Francisco Etchegoyen* y *Montané* y *Francisco del Río* y *Ferrer*, fundadores ambos de la Escuela de Veterinaria, quienes, conocedores

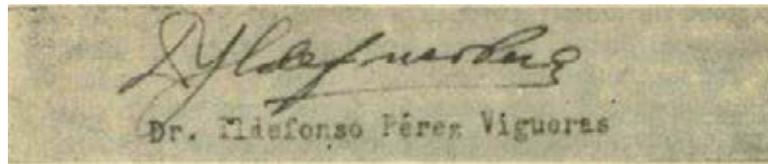


Figura 5. Facsímil de la firma del doctor Ildelfonso Pérez Viguera.

de los grandes méritos del que fuera su alumno, presienten que ha de poner muy alto el nombre de la profesión veterinaria, y el día 15 de mayo de 1915, ingresa en dicha asociación profesional.

La Asociación Nacional de Medicina Veterinaria, fue fundada el 14 de diciembre de 1908 por un grupo de veterinarios distinguidos, casi en su totalidad profesores de la Escuela de Veterinaria de la Universidad de La Habana, quienes respondían a los nombres de: *Ricardo Gómez Murillo, Francisco del Río y Ferrer, Julio E. Brower y Etchecopal, Juan Nicolau Gómez, Joaquín Dávila, Bernardo Cabrera y José Ribó*, con el propósito de defender mejor los intereses morales y materiales de la profesión veterinaria y de dar a conocer, mediante una propaganda correcta, la importancia de la medicina veterinaria, tanto en la parte económica, como en la social, y en el campo de la salud pública, así como también el papel preponderante que desempeña en el mejoramiento e incremento de la riqueza ganadera del país³ por lo que, convencidos de que en la unión está la fuerza, logran con misionero entusiasmo agrupar dentro del seno de dicha asociación a la mayor parte de los veterinarios que ejercen en el país y, con su esfuerzo generoso, haciendo mil sacrificios para poder sostener una publicación, dan a la luz pública una revista exclusivamente veterinaria: *La Revista Cubana de Medicina Veterinaria*.

No sabemos ciertamente, si *Pérez Viguera* llegó a ocupar alguna posición dirigente en la Asociación Nacional de Medicina Veterinaria, aunque es presumible que sí, dado su entusiasmo de aquel entonces. No obstante nuestras investigaciones, no hemos podido encontrar las actas de las sesiones de dicha asociación; la *Revista Cubana de Medicina Veterinaria*, su órgano oficial, tuvo muy efímera vida, agobiada por las dificultades económicas, dejando una laguna infranqueable en la historia de la asociación.

En enero de 1932 se abre el paréntesis de nuevo, al ocupar la presidencia de la asociación el doctor *Rafael Santa María y Vita*,

profesional de grata recordación, dotado de gran dinamismo; y la secretaría, el doctor *Mariano Hernández Zayas*, diligente y ordenado, que la atendió con amorosa dedicación durante largos años, posibilitándose así, que después de tan prolongado silencio, se publicara nuevamente el Boletín Mensual de la Asociación y se contara, a partir de esa fecha, con una fuente de información en detalles y veraz.

Al establecerse la colegiación veterinaria por Decreto Presidencial No. 2246, de 17 de octubre de 1933, mediante el cual la Asociación Nacional de Medicina Veterinaria de Cuba cede el paso al Colegio Veterinario Nacional, el doctor *Pérez Viguera*s es uno de los primeros en acudir a las oficinas del colegio, donde se le inscribió como colegiado, con el número 92, el día 28 de noviembre del mismo año.

Al celebrarse la Asamblea General de Elecciones el 22 de enero de 1934 para elegir el nuevo Ejecutivo que, de conformidad con la Ley de Colegiación deberá regir el Colegio Veterinario Nacional, es electo para presidente del mismo un científico de altos quilates, el doctor *Reinaldo Márquez Camacho* que, además de ser un veterinario distinguido, es un médico eminente y un valioso bacteriólogo, que figura entre los profesores más capacitados de la Escuela de Medicina de la Universidad de La Habana; y para ocupar la vicepresidencia, es electo el doctor *Ildefonso Pérez Viguera*s, también reconocido como otro veterinario no menos ilustre, profesor competente de la Escuela de Veterinaria de la Universidad de La Habana.⁴

La nueva Junta Directiva del Colegio, concedora de la capacidad científica de *Pérez Viguera*s, le designa en una de sus primeras sesiones, celebrada el 2 de abril de 1934, para que forme parte del cuerpo de redactores de su órgano oficial, encargándole de las secciones de patología y clínica médica.

El 5 de febrero de 1935, el doctor *Reinaldo Márquez Camacho* presenta sorpresivamente su renuncia con carácter irrevocable al cargo de presidente del Colegio Veterinario Nacional, pasando en consecuencia el doctor *Pérez Viguera*s, por sustitución reglamentaria, a ocupar la presidencia del colegio.

Durante el tiempo que fue presidente, *Pérez Viguera*s realiza una labor eficiente; con su hábito de disciplinada organización, introduce una serie de mejoras administrativas e inicia rápidamente la tarea de encontrar una ubicación adecuada para instalar la

sede del colegio. Las oficinas colegiales estaban funcionando provisionalmente en un pequeño local de la Manzana de Gómez, frente al Parque Central, y no ofrecía ninguna comodidad ni permitía por su pequeñez, celebrar reuniones masivas, por lo que considera necesario proveerse de un local amplio y bien situado que pronto encuentra en la casa situada en Malecón 4, donde al momento se inician los trabajos necesarios de adaptación. Al desocupar las oficinas de la Manzana de Gómez y mientras se realizan las obras en el nuevo local, solicita del doctor *Carlos J. Finlay*, en ese momento Decano de la Facultad de Medicina y Farmacia, autorización para que la Junta Directiva del colegio que preside, pueda sesionar provisionalmente, en una de las aulas de la Escuela de Veterinaria, lo que le es concedido sin dificultad alguna.

Una vez terminadas las adaptaciones indispensables, se instala el colegio en su nuevo local, que cuenta ahora con amplios salones para la presidencia, la secretaría y recreación de los colegiados, el cual, por estar situado en una de las más bellas avenidas de la época, contribuyó a dar realce a la profesión veterinaria al situarla al mismo nivel de otras profesiones que tenían la sede de sus colegios profesionales en el amplio y bello Paseo del Malecón habanero.

Simultáneamente a la instalación del Colegio Veterinario en Malecón No. 4, *Pérez Viguera*s empieza a organizar el Círculo Veterinario, a cuyo efecto convoca a una reunión en el local del colegio, donde se elige la directiva provisional del círculo y en cuya reunión, el doctor *José R. del Barrio y Martínez*, con emotivas palabras, elogia la labor que realiza *Pérez Viguera*s y logra concentrar criterios divergentes que abren una perspectiva halagadora, con grandes promesas de triunfo, las cuales termina diciendo: "désele un abrazo al doctor *Pérez Viguera*s, el máximo animador del movimiento, el maestro de todos, el amigo afectuoso y compañero ejemplar".⁵ Paralelamente a la creación del Círculo Veterinario, da también los primeros pasos para organizar y poner a funcionar el Colegio Veterinario Provincial de La Habana.

En 1935, la dirección del Boletín Mensual del Colegio Veterinario Nacional, sufre algunos cambios en su estructuración, motivados por la renuncia a los cargos de director-administrador del mismo hecha por su máximo sostenedor, el doctor *Mariano Hernández Zayas*, por lo cual se nombra un Consejo de Dirección, dentro del cual figura el doctor *Pérez Viguera*s.

El Comité organizador del Primer Congreso Nacional de Medicina Veterinaria, celebrado en la ciudad de Santiago de Cuba, Oriente,

los días 15 al 18 de diciembre de 1936, que preside el maestro de maestros, doctor *Francisco Etchegoyen y Montané*, designa al doctor *Pérez Viguera*, presidente de la sección de parasitología, quien presenta un magnífico trabajo acerca de la "influencia del parasitismo en la prosperidad de la industria pecuaria nacional", el cual merece los comentarios más favorables, tanto de los veterinarios, como de los ganaderos y demás personas interesadas en obtener rápido mejoramiento y pronto incremento de la riqueza ganadera del país.

En la Asamblea Nacional de 1944, *Pérez Viguera* es electo para el cargo de Presidente del Consejo Superior, organismo colegial que tiene por función conocer y resolver, en última instancia, las transgresiones de los estatutos, de los reglamentos, del Código de Etica Profesional, y de las violaciones de acuerdos ejecutivos, así como la de conocer y dictar resoluciones en los recursos que se establezcan contra sentencias disciplinarias y resoluciones del Comité Ejecutivo Nacional.

En ese mismo año (1944) forma parte de la comisión de enfermedades infecciosas y parasitarias del Ministerio de Agricultura, creada por motivo de una epizootia que diezma el ganado equino en numerosas fincas ubicadas en los términos municipales de Esmeralda y Morón, en la provincia de Camagüey, mediante la cual se comprueba que se trata de un brote de encefalitis infecciosa equina y se recomiendan atinadas medidas para su prevención y control.

El Colegio Médico Veterinario Provincial de La Habana, que años atrás comenzara a funcionar, ha alcanzado ahora considerable incremento y se encuentra en condiciones de proyectarse al exterior mediante la publicación de una revista mensual, de carácter puramente científico, por lo que no duda en designar al doctor *Pérez Viguera*, su director-administrador; pero él no tiene ya el entusiasmo de otras épocas por los logros colegiales y se niega rotundamente a aceptar la encomienda que se le propone, pues el viejo profesor hace ya algún tiempo que ha dejado de participar en las actividades del colegio; ha disminuido poco a poco, hasta apagarse definitivamente, la llama de su antiguo entusiasmo, trocándose su interés de antaño por el mejoramiento científico y social de sus compañeros de profesión, en una indiferencia, similar a la que sufre el enfermo, concomitante a penosa dolencia, y que insensiblemente le fue conduciendo a ese ostracismo en las postrimerías de su vida.

En 1948, la XIII Asamblea Nacional Veterinaria celebrada en La Habana, los días 15 al 18 de diciembre, acuerda designarlo Presidente de Honor del Colegio Veterinario Nacional.

En 1954 se logra convencerlo para que acepte la presidencia del Seguro Veterinario, creado por la Ley No. 6, de junio 4 de 1949, y él renaciéndole ese espíritu de servicio que le acompañó gran parte de su vida, pensando que puede ser útil, se determina a aceptarlo, pero no lo desempeña mucho tiempo y presenta su renuncia al entrar en contradicción con otros miembros del directorio.

En los últimos años de su fructífera vida, la Asamblea Nacional Veterinaria celebrada en la ciudad de Pinar del Río, su ciudad natal, los días 4 al 6 de noviembre de 1955, reconociendo una vez más los méritos excepcionales del doctor *Pérez Viguera*s en el campo de la veterinaria, le rinde un último tributo de afecto y consideración, nombrándolo por unanimidad asesor técnico del Comité Ejecutivo Nacional, distinción nunca concedida a otro, y le otorga un Diploma de Honor por su reconocida actividad científica, lo que se llevó a efecto en un hermoso acto, celebrado el 10 de abril de 1956, durante el banquete de confraternidad veterinaria, celebrado en el Hotel Nacional el "Día del Veterinario", y en el cual el doctor *Juan Manuel Sánchez Mouso* expresó el sentir de sus compañeros veterinarios que le tributaban tan justo homenaje por "su trabajo excepcional en la rama de la parasitología, complemento indispensable de la patología médica".⁰

Entre las múltiples actividades profesionales del doctor *Pérez Viguera*s, una de las más importantes, sin lugar a dudas, fue su brillante actuación como miembro de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana.

Su primera comparecencia ante esta institución científica fue en la sesión pública ordinaria celebrada el 14 de mayo de 1926, en que invitado por la sabia corporación, presenta un magnífico trabajo sobre el estado actual de la hematología clínica veterinaria, que mereció los más cálidos elogios de los señores académicos, principalmente del doctor *Alberto Recio*, que calificó el trabajo de *Pérez Viguera*s, como "un valioso aporte que viene a llenar un vacío en la literatura médica".⁷

En una segunda invitación de la Academia de Ciencias, *Pérez Viguera*s, en la sesión efectuada en octubre 23 de 1929, diserta sobre los nematodos, parásitos de los animales domésticos en

Cuba, en la que hace gala de sus amplios conocimientos en parasitología.

Muchos y muy valiosos son los trabajos de *Pérez Viguera*s, sobre parasitología, publicados en numerosas revistas científicas nacionales y extranjeras, en los que pone de manifiesto sus profundos conocimientos en la materia, por lo que es natural que sea un fuerte candidato para ocupar un sillón en la Academia de Ciencias; por eso, al quedar vacante en 1935 el sillón que ocupa el doctor *Francisco del Fijo y Ferrer*, por renuncia presentada en noviembre 22, inmediatamente se pensó que nadie mejor que el doctor *Pérez Viguera*s podía sustituirle y a cuyo efecto, el doctor *Ricardo Gómez Murillo* se encargó de hacer la presentación oficial del candidato, quien fue electo miembro de número de la Academia de Ciencias en la sesión ordinaria de 25 de febrero de 1936, para ocupar el sillón No. 64, sustituyendo a su antiguo profesor y amigo.

Sus muchas ocupaciones le hicieron demorar por algún tiempo la presentación de su discurso de recepción, lo que por fin realiza en el sesión pública extraordinaria, el 25 de marzo de 1938 celebrada al efecto, el que versa sobre las "Funciones del Veterinario en la Higiene Pública y en la Industria Pecuaria Nacional", donde pone de relieve que el veterinario no tiene como única función la noble tarea de curar a los animales enfermos, sino una participación, cada vez mayor, en la salud y el bienestar humanos.

Analiza la labor del veterinario como higienista y zootecnista, y deja perfectamente establecido que el veterinario, además de clínico, es esencialmente higienista, y destaca su capacidad científica y mejor preparación, para ser el dirigente natural de las empresas zootécnicas.⁸

El discurso de contestación estuvo a cargo del que fuera su profesor en la Escuela de Veterinaria, doctor *Ricardo Gómez Murillo*, quien al felicitar al que fuera uno de sus mejores alumnos, destacó que aquel humilde estudiante de veterinaria, que hizo la carrera trabajando y dando clases de química a sus compañeros, es en la actualidad un distinguido parasitólogo y el primer graduado de la Escuela de Veterinaria que tiene el honor de ocupar un sillón en la Academia de Ciencias de La Habana.⁰

Durante sus 21 años de académico, presenta valiosos trabajos científicos en la docta institución; diserta sobre la evolución de la *Fasciola hepatica* en Cuba; sobre una nueva especie de trematodo,

encontrada en el intestino de un murciélago, y que él denomina *Athesmia parkeri*, en honor del doctor *R.R. Parker*, Director del *Rocky Mountain Laboratory, Public Health Service*, Hamilton, Montana; acerca de la infección natural de la encefalomiелitis equina y, finalmente, su magnífica "Oración Finlay", pronunciada en la noche del 3 de diciembre de 1954, en ocasión de conmemorarse el 121 aniversario del natalicio del sabio médico cubano, *Carlos J. Finlay de Barrés*, la que fue una de sus últimas intervenciones en la academia.

El doctor *Pérez Viguera*s fue miembro también de la Sociedad Cubana de Historia Natural "Felipe Poey", en cuyas "Memorias" aparecen publicados numerosos trabajos suyos; miembro de la Sociedad Cubana de Biología y miembro de la *American Society of Parasitologists*, en todas las que colaboró y mereció innumerables menciones por sus investigaciones en el campo de la parasitología.

No obstante sus muchas y variadas actividades científicas, a pesar de haber conquistado un nombre en el campo de la parasitología, en el terreno de las relaciones humanas, no tenía el doctor *Pérez Viguera*s igual aceptación, pues fue evidente que su carácter era difícil, imposible de comprender a veces, lo que motivó a que alguien dijera que *Pérez Viguera*s era imposible por fuera.

Si hiciéramos un estudio cuidadoso del carácter del doctor *Pérez Viguera*s, se podría quizás comprender mejor sus reacciones ante determinados estímulos y, aunque nos reconocemos legos en psicología conductista, es evidente que *Pérez Viguera*s fue víctima de una serie de complejos que se manifiestan durante toda su vida.

Los complejos, que *Freud* define como agrupaciones de elementos ideológicos saturados de afecto, llevan en su seno elementos inconscientes, resultantes de presiones ambientales durante los primeros años de vida, que se manifiestan en forma instintiva en la edad adulta, y conducen a una excitación emotiva, frente a un hecho determinado y aparentemente intrascendente, pero capaz de desencadenar una actitud defensiva ante una supuesta agresión.

Estos factores —que simplemente nos limitamos a señalar para que sean analizados y considerados, según el criterio de cada cual— son, en cierto modo, responsables, a nuestro juicio, del apartamiento paulatino y progresivo de *Pérez Viguera*s, del trato social, y de que se sensibilizara ante una frase trivial, motivando

una reacción colérica y hostil. Otras veces se observa en él cierta tendencia egocentrista, en manifiesto conflicto con su habitual sencillez; estas actitudes aparentemente contradictorias, parecen ser el natural escape a ocultas emociones que, lamentablemente, tienden a restarle amigos y a sumarle criterios que, si no son ciertamente hostiles a su persona, resultan indiferentes y silenciosos ante sus triunfos, lo que explica que el nombre de *Pérez Viguera*s sea más conocido en el extranjero que en su propio país.

Es por ello que *Pérez Viguera*s, siente a veces una necesidad irresistible de intervenir en discusiones intrascendentes, cuando pudiera haber disfrutado de mayores consideraciones y de más grandes afectos, si hubiera renunciado a ese deseo de polemizar por cosas de poca importancia. Así, cuando uno de sus más distinguidos alumnos —que a fuerza de estudio y talento ha logrado destacarse dentro de la profesión— presenta en el *XXth. Annual Meetin* de la Academia de Ciencias del Estado de la Florida, un trabajo sobre “Fascioliasis hepática humana epidémica”,¹⁰ *Pérez Viguera*s le riposta con un artículo titulado “Algunos comentarios a un artículo sobre fascioliasis hepática humana”, con el que inicia una polémica sobre si es correcto o no el término “fascioliasis”, empleado en el trabajo que comenta, sin que dedique a sus autores ninguna frase halagadora por el esfuerzo realizado, sino por el solo deseo de poner, como él dice, las cosas en su verdadero lugar,¹¹ lo que da lugar a una réplica ácida y a una contrarréplica agria que trae como secuela una disminución de la amistad y un recuerdo molesto que tiende a silenciar los triunfos del Maestro.

Esta inclinación a ripostar en forma poco amistosa alcanza hasta al beatífico *Angel María Morales*, magnífico compañero y mejor amigo, que recibió una respuesta airada a una carta circular que, en su condición de secretario del colegio, recordaba la necesidad de ponerse al día en los pagos colegiales.¹² El buenazo de *Angel María*, comentando esta carta, decía apenado: “Mire usted el lío que me he buscado con el Profesor”.

*Pérez Viguera*s no era hombre de disimulos; gustaba de llamar las cosas por su nombre; así, estando en cierta ocasión uno de sus auxiliares de cátedra formulando el diagnóstico de un animal enfermo en la clínica de la escuela, *Pérez Viguera*s, que le escuchaba hacía rato con visible contrariedad, no pudo contenerse más y le interrumpe bruscamente para decirle: “Usted está equivocando, lo que ese animal tiene es . . . y formuló tranquilamente su diagnóstico, dejando estupefacto a su auxiliar que guardó discreto

silencio, pero nunca se lo perdonó. En otra oportunidad, al recibir un frasco que contenía un parásito, enviado por un conocido profesor de la Escuela de Medicina, con el ruego de que se lo identificara, le dice a la persona portadora del mismo: "Dígale al doctor que estudie parasitología" y, ante el gesto asombrado del mensajero, agrega sin haber apenas mirado el frasco, "ese es un *Macracanthorhynchus hirudinaceus*, parásito común y corriente del intestino del cerdo"; y mirando profundamente a su interlocutor que no sale todavía de su asombro, sonrío con sorna y continúa impasible lo que está haciendo.

Así era *Pérez Viguera*s; a veces no medía el alcance de sus palabras; se limitaba a exponer su verdad con cruda franqueza, y a otra cosa. Es comprensible que esta manera de ser suya no era la más adecuada para ganar amigos ni la mejor para influir en sentido favorable en las personas, sino por el contrario, la forma más fácil y sencilla de granjearse enemistades.

No obstante estas intemperancias, no se sabe que realizara jamás un acto indigno, ni que cometiera una injusticia a sabiendas. Supo, en todo momento, sacrificar su posición, por encumbrada que fuera, su bienestar y hasta su salud, por el cumplimiento estricto del deber. Su honradez acrisolada, le puso en más de una ocasión frente a determinados intereses, a los que supo enfrentarse siempre con valentía y decisión, sin dejarse intimidar nunca.

La honestidad de *Pérez Viguera*s, el alto concepto que del deber tenía, se manifiestan a cada paso; así vemos que no vacila ni se intimida cuando el deber le reclama, sino que actúa con la energía que el caso requiere. Cuando se ve obligado a asumir la presidencia del Colegio Veterinario Nacional, en momentos sumamente difíciles, dadas las circunstancias angustiosas que imperan en el país, no vacila un momento en aceptar su responsabilidad y se enfrenta valientemente con los enemigos de los colegios profesionales que en las tinieblas tratan de destruir el colegio; les sale al paso a los propagadores de falsos rumores, y hace saber a los veterinarios y a la opinión pública que el Colegio Veterinario "ni está disuelto ni tiene por qué serlo, y que el traslado de sus oficinas a un lugar más céntrico de la Habana, es la demostración de que el colegio adquiere cada vez más pujanza".

Su reconocida caballerosidad, compañerismo y honorabilidad se manifiestan una vez más, cuando también en momentos turbulentos se niega obstinadamente a aceptar el cargo de jefe del departamento de investigaciones de los laboratorios biopatológicos de

Santiago de las Vegas, en la Secretaría de Agricultura, y alega cívicamente que bajo ningún concepto está dispuesto a sustituir a compañeros que han sido separados injustamente de sus cargos, con lo que da una lección de compañerismo, ética profesional y honestidad, no sólo a quienes, por no conocerle, tratan de utilizarlo para fines aviesos, sino también a los oportunistas y logreros de todos los tiempos, sin importarle las consecuencias que pudieran derivarse de esta decisión.

Por su actitud siempre recta, por su honestidad y caballerosidad, los que le conocieron íntimamente, aprendieron a quererle y, los que por no conocerle bien le miraban con reserva, le respetaron siempre, reconociendo su capacidad profesional, su probidad y hombría de bien.

